

FIESTA DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

PAN Y VINO PARA LA VIDA DE TODOS

T E X T O S

DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO (8: 2-3 y 14-16)

Habló Moisés al pueblo y le dijo:

- Recuerda el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones: si guardas sus preceptos o no. Él te afligió haciéndote pasar hambre y después te alimentó con el maná - que tú no conocías ni conocieron tus padres - para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre sino de todo cuanto sale de la boca de Dios. No sea que te olvides del Señor tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes, un sequedal sin una gota de agua; que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no han conocido tus padres.

DE LA PRIMERA CARTA DE PABLO A LOS CORINTIOS (10: 16-17)

El cáliz de nuestra Acción de Gracias, ¿no nos une a todos en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no nos une a todos en el Cuerpo de Cristo?

El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan.

DEL EVANGELIO DE JUAN (6: 51-59)

Dijo Jesús a los judíos:

- Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí:

- ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo:

- Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.

TEMAS Y CONTEXTOS

EL TEXTO DEL DEUTERONOMIO

Toda la epopeya del éxodo de Israel hacia la tierra prometida es un riquísimo símbolo sobre la vida humana. La vida humana es desierto. Es desamparo, ausencia de Dios, sed, hambre, peligro. Este es el primer contenido de la Revelación, y la primera tentación. La vida no es no es una situación agradable que nos gustaría hacer definitiva: es una situación desagradable, pero pasajera, hacia algo que puede ser mejor.

Y ahí entra Dios. Con Él, el desierto sigue siendo desierto, la vida sigue siendo igual: Dios no nos soluciona los problemas, la fe no nos da certeza, la oración no nos consigue lo que pedimos... La vida sigue siendo desierto.

Dios es "pan y agua" para caminar por el desierto. Este es el segundo contenido de la Revelación. A éste Dios hay que aceptar, no al que da certezas y soluciona problemas. Tampoco al Juez que espera al final para castigar las transgresiones. Desde el principio, la Revelación más pura y profunda del Dios de Israel es ésta: pan y agua para caminar por el desierto.

EL TEXTO DE CORINTIOS

Jesús caminante: el cuerpo y la sangre son la humanidad. El Espíritu de Dios está plenamente en ese hombre. En Él vemos cómo es el pan y el agua que es Dios, y vemos cómo camina, fortalecido con ese pan y esa agua. Ningún problema se le soluciona, ninguna dificultad se le ahorra: no se atiende a su oración desesperada de Getsemaní. Pero, lleno del Espíritu que ha recibido del Padre, camina por ese desierto y es liberado y es liberador.

Nosotros comulgamos con Él. Comunió n con su Cuerpo y con su Sangre, con su condición humana llena del Espíritu. Y Comunió n total: de Dios y los hombres unidos en la misma empresa: la humanidad que camina hacia la patria. Esa es la fiesta de la Eucaristía, la celebración de la Unidad de Dios y los hombres, realizada y mostrada en el hombre Jesús lleno del Espíritu, que compartimos.

EL EVANGELIO DE JUAN

Es parte del discurso del Pan de Vida. Jesús se presenta como el Pan Vivo bajado del Cielo, es decir, el Alimento del Espíritu. Se está hablando pues de la más profunda comunió n que puede existir entre dos seres, la participació n de la misma vida. De la misma manera que el alimento se hace carne y sangre del que lo toma, así nuestra comunió n con El. La entrega de Dios a los hombres toma forma en el cuerpo y la sangre de Jesús. Veneramos su Cuerpo y su Sangre por encima de todo porque en ellos comprobamos la Encarnació n, la prueba suprema del amor de Dios: "Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo Único".

REFLEXIÓN

El cuerpo y la sangre de Jesús son verdadero alimento y verdadera bebida, y no solamente en la Eucaristía. De Jesús Dios y hombre verdadero se alimenta nuestra fe. La Eucaristía expresa bien esa realidad, y otra complementaria. No solamente que El es comida y bebida, sino que nosotros comemos y bebemos, y al hacerlo, de dos seres se hace uno, se hace el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Quizá algunas veces valoramos más esos aspectos "estáticos" de la Eucaristía (Dios está aquí) que los aspectos dinámicos (comulgamos con El), y por tanto tendemos a hacer de la celebración eucarística más un acto de culto (adoremos a Dios presente) que una comunión del Cuerpo de Cristo, que fortalece para el camino.

Llegados a este punto, debemos recordar que en la Religión de Jesús no hay magia, ni mito, ni poderes, ni lugares de presencia de Dios, ni ritos para conectar con la divinidad... todo eso es paganismo. En la Religión de Jesús hay Encarnación, Dios dirigiéndose al hombre en el único lenguaje que el hombre entiende: lo que entra por los sentidos, el cuerpo, la sangre, visibles y tocables, que se pueden entregar hasta la muerte. En la religión de Jesús hay "conversión", volverse a Dios, "fe", aceptar a Jesús, "misión", comprometerse con El.

Todo eso se celebra en la Eucaristía, la presencia del Dios encarnado, tocable y ofrecido, nuestra aceptación de ese Dios, nuestra comunión con El, nuestro compromiso. Todo eso se celebra con el signo querido por Jesús: compartir su Pan y su Vino. Esto aumenta nuestra fe, nuestra unión, nuestro compromiso, y por eso, esto construye la Iglesia.

No alimentamos nuestro cuerpo de carne con la carne de nadie. Alimentamos nuestro espíritu con el Espíritu de Jesús. Comulgamos con la ofrenda de su cuerpo, con la entrega de su sangre, con su modo de caminar: comulgamos con Él. Nuestros ojos ven como sus ojos, la vida como desierto, la muerte como liberación y a Dios como alimento. Nuestras manos trabajan como sus manos, no para atesorar bienes de tierra sino para encontrar el tesoro que no se acaba. Nuestro corazón no se rige por la envidia y la venganza sino por las ganas de ayudar, por el espíritu fraternal.

Y esto no es cuestión de cantidad, de veces, de número. Es cuestión de identificación personal, de intensidad...

La Eucaristía es expresión de mi comunión con Jesús y con la humanidad, y fuente de esa comunión. Si no es expresión no será fuente.

PAN Y VINO, EL SIGNO DE JESUS.

El pan y el vino son dos símbolos constantes en la predicación de Jesús. El grano de trigo enterrado y muerto para dar fruto, la pizca de levadura que fermenta una gran masa, la multiplicación de los panes, el pan vivo bajado del cielo; el vino de Caná, el vino nuevo que rompe los odres viejos. El pan, nacido de granos de trigo sembrados, muertos, multiplicados, molidos, amasados, fermentados por la levadura, para ser alimento de muchos, para convertirse en los que lo comen. Los granos de uva, milagros de la vida en la vid, machacados también y estrujados, que también fermentan en la oscuridad para ser bebidos y dar fuerza y alegría a los que beben. El grano de trigo, los granos de uva, el pan y el vino enlazan con lo mejor y más profundo de las parábolas.

El pan y el vino tuvieron el honor de ser elegidos como la parábola de las parábolas, en la cena de despedida de Jesús. Muchas cosas habría encima de la mesa en aquella cena. Cordero (si fue una cena pascual), verduras, salsas, candelabros para iluminar la estancia ... muchas de ellas habían sido ya elegidas como símbolos del Mesías: el cordero inmolado, la luz que resplandece en las tinieblas. Pero aquella noche, los ojos de Jesús se fijaron en signos más sencillos, el pan y el vino. Jesús se sintió pan, se sintió grano de trigo enterrado y muerto para ser fecundo, hogaza fermentada por el Viento de Dios para que muchos tuvieran alimento. Se sintió grano de uva estrujado y exprimido, fermentado hasta ser vino generoso que enciende el espíritu del que lo bebe.

Y se sintió pan y vino compartido por muchos, alrededor de una mesa de hermanos que al compartir el pan y el vino con él mismo se sentían más hermanos, compartían con él su entrega para ser pan y vino para muchos.

Jesús no fue un grano de trigo conservado en un viril para ser adorado. Jesús no fue un frasco de vino precioso reservado por su dueño para admirar a los huéspedes. Jesús no fue pan y vino desde aquella cena de despedida. Jesús leyó durante la cena su vida entera, como se lee la vida en la cercanía cierta de la muerte, y se interpretó a sí mismo con la más bella de todas las parábolas.

Así, la cena de despedida de Jesús coronó todas sus comidas/cenas con pecadores, en las que se sembraba y se derramaba, con riesgo de su prestigio y de su vida, aquellas comidas que expresaban con perfección toda su forma de vivir: sembrarse en cualquier terreno, aunque estuviera lleno de piedras y de cardos, a voleo, generosamente, sabiendo que sería pisado, ahogado por las zarzas, rechazado por la tierra endurecida por la sequía. La cena de despedida resumió en el pan y en el vino la vida entera de Jesús, su estilo, su concepción del Reino, el modo de proceder de los que quisieran seguirle, su imagen de Dios.

Por eso los que se atrevieron a seguirle, los que después de verle morir en la cruz vencido y humillado se atrevieron a proclamar que Dios estaba con él, significaron también toda su fe y su modo de vida compartiendo el pan y el vino en un recuerdo que hacía presente a Jesús, que invitaba a la comunión con él y con todos los que se reunían alrededor de la mesa. Y allí, alrededor de la mesa, cada uno presenta y ofrece su grano de trigo y se presenta a sí mismo como grano de trigo entregado con Jesús y como Jesús, y comulga y comparte con Jesús y con la iglesia, para que haya más vida en el mundo.

Es estremecedor pensar en la profundidad de la imagen del pan y del vino. El verdadero sacrificio de Jesús fue ser grano de trigo sembrado desde que se dejó llevar del Espíritu, allá en el Jordán, desde el entorno del Bautista. El grano de trigo es una imagen cotidiana, desapercibida, constante. El grano enterrado es cada uno, todos los días, como sacerdote de su propio sacrificio que es toda su vida.

Cuando, alrededor de la mesa, se nos invita a comulgar con Jesús, parece que nos dicen, como el mismo Jesús a los Zebedeos: "¿podéis beber el cáliz que yo voy a beber?". Y decimos que sí, que podemos y queremos, que podemos y queremos ser como Jesús, entender la vida entera como Él la entendió: ser pan y vino para que otros tengan más vida.

DE LA PLEGARIA EUCARÍSTICA V

Te damos gracias y te bendecimos, Dios santo y fuerte
porque estás siempre con nosotros en el camino de la vida.

Tú nos invitas a escuchar tu Palabra
que nos reúne en un solo cuerpo
y mantenernos siempre firmes
en el seguimiento de tu Hijo.

Porque Él es el camino
que nos conduce hacia Ti, Dios invisible
la verdad que nos hace libres,
la vida que nos llena de alegría.

Por eso, Padre,
porque tu amor es grande para con nosotros,
te damos gracias por medio de Jesús, tu hijo querido,
y proclamamos la obra de tu amor:

que Cristo, tu Hijo,
a través del sufrimiento y de la muerte en cruz
ha resucitado a la vida nueva,
ha sido glorificado a tu derecha.

Padre santo, derrama sobre nosotros el espíritu del amor,
el espíritu de tu hijo.

Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana.

Inspíranos gestos, palabras y acciones oportunas
frente al hermano solo y desamparado.

Ayúdanos para que estemos disponibles
ante quien se sienta explotado u oprimido.

Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor,
de libertad, de justicia y de paz,
para que todos encontremos en ella
un motivo para seguir creyendo en Ti..

En comunión con María, la Madre de Jesús,
los apóstoles, los mártires y todos los santos,
te invocamos, Padre y te glorificamos, por Cristo, Señor nuestro.

FIN DEL TIEMPO DE PASCUA. DESDE EL PRÓXIMO DOMINGO COMIENZA EL "TIEMPO ORDINARIO", HASTA EL FINAL DE ESTE AÑO LITÚRGICO, HASTA EL PRÓXIMO ADVIENTO.